

también muy luego los señores de Haugier y de Helly acompañando al resto de su casa, y trayendo consigo carros cargados de vajilla de oro y plata, ropas y trajes magníficos y estofas de todas clases. Juan de Borgoña se puso en camino desde aquel instante con el esplendor y acompañamiento que correspondía á un noble de su clase, y llegó á Francia con más apariencia de vencedor que de vencido.

Poco tiempo después de su regreso murió en su castillo de Halle Felipe el Audaz á los setenta y tres años de edad, y por esta muerte volvió la regencia al duque de Orleans.

El conde de Nevers pasó á ser duque de Borgoña.

Once meses después murió la duquesa, y el duque Juan de Borgoña vino á ser conde de Flandes y de Artois, señor de Salins, palatino de Malines, de Alost y de Termond, es decir, uno de los príncipes más poderosos de la cristiandad.

XIV

La tempestad.

Este acontecimiento iba á sacar á la luz pública las grandes disensiones que hasta entonces habían dividido á las dos familias. Hasta aquel día el respeto que infundía la edad del duque Felipe y la prudencia, hija de su edad, que le caracterizaba, había dado un colorido político á aquellas discordias primerizas, colorido que iba á desaparecer: los odios particulares, odios de ambición personal, de amor, y de amor propio ofendido, odios terribles y sangrientos, iban á levantar sus rostros sin careta ni disfraz, é iban á lanzarse en una lucha obstinada como dos furibundos atletas. Cada uno de los dos presagiaba un funesto porvenir, conocía

que había suspendido en el aire algo que debía ser aciago para él, y que cuando descargase aquella tempestad había de llover sangre.

Y sin embargo, ni uno ni otro de los dos príncipes habían dado muestras á lo exterior de aquel mutuo aborrecimiento. El duque de Borgoña permanecía en sus estados recibiendo el debido homenaje de sus numerosas y buenas villas y ciudades; y entregado todo á aquel cuidado, quedábale apenas tiempo para echar hacia París una mirada llena de promesas de venganza.

En cuanto al duque de Orleans, descuidado y negligente como siempre, se cuidaba poco de lo que hacia el de Borgoña: sus amores con Isabel habían vuelto á cobrar nuevo ardor, y en los ratos de libertad que le dejaban, se ocupaba en disputar sabiamente con doctores y legistas; en seguida, si en algo pensaba, era en el modo de levantar nuevas tallas. Este era, con muy corta diferencia, el único modo que tenía de mezclarse en los asuntos del gobierno.

Así es que en el reino todo iba de mal en peor. La tregua con Inglaterra no era ya más que una mera palabra; y á falta de una declaración de guerra abierta y general, varias expediciones particulares autorizadas por ambos gobiernos ensan-

grentaban, ora un punto de Inglaterra, ora una provincia de Francia. Algunos hidalgos jóvenes de Francia, á cuya cabeza se hallaban los señores de Martel, de La Roche-Guyón y de Acqueville, sin autorización del rey ni del duque de Orleans, se embarcaron en número de doscientos cincuenta, abordaron á la isla de Portland y la saquearon; pero los habitantes, recobrados de su primer terror, y viéndolos en tan pequeño número, cargaron sobre ellos, dieron muerte á la mayor parte é hicieron prisioneros á los demás.

Los bretones también por su lado, aunque esta vez con autorización del consejo del rey, intentaron un nuevo ataque que no tuvo mejor resultado: iban al mando de sire Guillermo Duchatel y de los señores de La Jaille y de Chateaubriand: Guillermo Duchatel fué muerto en la expedición.

Púsose entonces á la cabeza de cuatrocientos caballeros su hermano Tanneguy, bajó hacia Dartmouth y lo llevó todo á sangre y fuego. Guillermo vengado tuvo pira y hecatombe.

Sin embargo, todo indicaba que la guerra iba á estallar muy luego y á tomar mayor ensanche y más vastas proporciones. Un inglés joven, desterrado, vino á pedir asilo á la corte de Francia; Llamábase Owen Glendor, descendía de los antiguos

príncipes de Gales y era hijo de Ivan de Gales, que enlazado por fraternidad de armas con los caballeros franceses, había sucumbido al servicio del rey Carlos; pedía socorro contra Enrique de Lancaster, y este llamamiento á los resentimientos añejos de Francia con Inglaterra, encontró demasiado eco en el reino para no ser escuchado. Resolvióse aprestar una flota numerosa en el puerto de Brest, y que se diese el mando de una expedición compuesta de ocho mil hombres al joven de La Marche, que ya hemos visto combatir en Nicópolis al lado de Juan de Borgoña.

Los ingleses, viendo estos preparativos, determinaron destruirlos antes de que se hubiesen terminado. Bajaron hasta cerca de Guerrande, cuyo punto creyeron tomar por sorpresa, pero Clissón velaba, y su brazo no estaba desarmado porque hubiese perdido la espada de condestable; quedábale la suya. Al grito de alarma que dió, corrió á su socorro Tanneguy Duchatel con quinientas lanzas, y derribando de un hachazo al conde de Beaumont, capitán de la empresa, obligó á los ingleses á embarcarse de nuevo precipitadamente, después de haberles cogido ó muerto la mitad de la gente.

Empero la flota estaba pronta á hacerse á la

vela: los caballeros estaban reunidos; no se esperaba más que al jefe de la expedición. Aguardáronle inútilmente cinco meses. El conde de La Marche, entregado á los bailes y á los juegos de cartas y dados, había olvidado que tenía que ponerse la armadura de guerra.

Aquella expedición abortada costó crecidas sumas, y á nada condujo más que á proporcionar al duque de Orleans un pretexto para imponer otra nueva talla á todo el reino.

Pero esta vez el duque de Borgoña, que parecía dormido, se despertó para dar orden á sus vasallos de no pagar.

El duque de Orleans, que no tenía poder ni medio alguno para cobrar la talla en los estados del de Borgoña, se vengó de él casando á la heredera de la casa de Harcourt, prima del rey, con el duque de Güeldres, enemigo mortal de Borgoña. El golpe llegó á lo vivo, porque el mismo día de las bodas entró un heraldo en la sala del festín, y en presencia de todos los convidados, desafió al duque de Güeldres en nombre del conde Antonio de Borgoña, que debía heredar el ducado de Limburgo. El duque de Güeldres se levantó, desciñóse la túnica de boda, regalóse la al heraldo honrándole con aquel obsequio y aceptó el desafío.

Por este lado se encendió también la guerra desde aquel momento.

Agregábanse á todos estos signos de la tierra los presagios del cielo. Un día que la reina se paseaba en litera y el duque á caballo por la selva de San Germán, estalló de repente una gran tempestad: la reina abrió el coche, cedió un asiento á su amante, y apenas se hubo sentado cayó un rayo y mató al caballo de que acababa de apearse. Espantóse con el ruido el tiro de la litera y arrastró el carruaje hacia el Sena, adonde iba á precipitarle, cuando de repente y como por un milagro de Dios se rompieron los ejes, y los caballos se lanzaron en el río como si algún demonio los empujase.

Las gentes devotas vieron en aquel suceso un aviso de la Providencia; impulsado por ellas el confesor del duque de Orleans, le habló con entereza y serenidad, afeando la vida disoluta y poco cristiana que llevaba. El duque convino en que era un gran pecador, prometió enmendarse, y en prueba de su conversión mandó publicar á son de clarín que iba á pagar sus deudas; en consecuencia señaló día á sus acreedores para que se presentaran en su palacio.

Según el religioso de San Dionisio, serían sobre ochocientos los que se presentaron en el día

señalado, llevando cada cual su cuenta sumada y corriente; pero ya habían pasado siete días desde el suceso de San Germán, el cielo ofrecía á la vista un hermoso manto azul, y la última nubecilla de aquellos días había desaparecido, llevándose en pos el último remordimiento de duque; razón por la que su caja estaba cerrada. Los acreedores pusieron el grito en el cielo, declarando que no se irían hasta que se les pagase; pero se les manifestó que estaban prohibidos los grupos y reuniones, y que si no se daban prisa á retirarse vendrían los sargentos, que sabrían hallar el medio para dispersarlos.

Esto no obstante, las mismas personas que habían aventurado algunas observaciones al duque de Orleans, aprovecharon un intervalo de razón para hacérselas al rey. Manifestáronle que así el oro de los particulares, como el oro del Estado, se fundía entre las manos del duque y las de la reina, cual si fuese en un hornillo. Dijéronle que aplicase el oído, y oyó los gritos del pueblo. Hiciéronle abrir los ojos, y vió que la miseria pública había entrado hasta su propia cámara. Al punto se informó, y supo cosas inauditas; mandó venir al aya de sus hijos, y ésta le confesó que los príncipes carecían muchos días de lo necesario, y que á veces no

había sabido cómo manejarse para tener que darles de comer y vestir. Llamó al duque de Aquitania, y el niño se le acercó medio desnudo y diciéndole que tenía hambre. Al ver aquello exhaló el rey un hondo suspiro y echó mano á buscar dinero para dárselo al aya; mas no hallándolo, le entregó la copa de oro en que acababa de beber para que fuese á venderla.

Con aquel vislumbre de razón apoderóse un tanto de energía del pobre demente. Mandó que se convocase en el acto un consejo general con objeto de poner un pronto remedio á la enfermedad del Estado; en seguida y sin decir á nadie una palabra, hizo escribir al duque de Borgoña invitándole á asistir á la deliberación. No aguardaba éste otra cosa.

Al día siguiente salió de Arras con ochocientos hombres y se encaminó á París.

Al llegar á Louvres recibió cartas, en las que le anunciaban que el duque de Orleans y la reina, luego que supieron su venida, se habían marchado de París con dirección á Melun, y de allí á Chartres, dejando orden al príncipe Luis de Baviera para que les llevase á aquella ciudad al duque de Aquitania, delfín de Viena. Á pesar de la urgencia que reclamaban las tales noticias, se hallaba tan

cansado el duque, que se detuvo para dormir algunas horas. Al amanecer del día siguiente estaba en camino para París, pero llegó demasiado tarde: el delfín acababa de salir.

Entonces el duque de Borgoña, sin desmontar ni mudar caballos, metió espuelas al suyo, y mandó á su gente que le siguiera. Atravesó de aquel modo París en toda su anchura, tomó el camino de Fontainebleau y alcanzó al delfín entre Villejuif y Corbeil. Iba el príncipe acompañado por su tío Luis de Baviera, por el marqués de Pont, el conde Dammartin, el de Montaigne y otros varios señores: en su litera y á entrambos lados iban sentadas su hermana Juana y la dama de Preux, esposa del señor de Borbón. El duque de Borgoña se acercó á la portezuela, inclinóse delante del delfín y le suplicó que volviese á París, diciéndole que tenía que hablarle de varias cosas que le atañían muy de cerca. Entonces el príncipe Luis, viendo que los deseos del duque eran efectivamente de volverse con Juan de Borgoña, como éste le rogaba, se adelantó y dijo:

— Señor duque, dejad proseguir su camino á monseñor de Aquitania, mi sobrino, porque va á reunirse con su madre la reina y con su tío el duque de Orleans, con el consentimiento del rey su padre.

Dichas estas palabras, el duque Luis prohibió que nadie volviese grupa, y mandó al cochero que siguiese su camino. Iba éste á echar andar de nuevo, cuando el duque de Borgoña cogió por el freno á los caballos, los hizo volver la cabeza hacia París, y sacando la espada :

— Si estás bien con tu vida, dijo al conductor, echa á andar y aprisa.

El cochero, trémulo, sacó los caballos á galope : los soldados del duque rodearon la litera ; y mientras que el delfín regresaba á la capital, acompañado de su tío Luis de Baviera, que no había querido separarse de él, el duque de Bar, el conde de Dammartin y el marqués de Pont se encaminaron á Corbeil y contaron al duque de Orleans y á la reina lo que acababa de pasar.

Esta acción era una muestra de lo que era capaz de intentar el de Borgoña. Por lo tanto, el duque y la reina, que acababan de ponerse á la mesa, suspendieron su comida y metiéndose en un coche partieron con gran precipitación hacia Melun.

Por lo que toca al duque de Borgoña, encontró á las puertas de París al rey de Navarra, á los duques de Berry y de Borbón, al conde de La Marche, con otros muchos señores y un gran gentío de la ciudad, que salían á recibirle, encomiando sobre-

manera aquel hecho y contentísimos por volver á ver su delfín. Entonces mandó el duque de Borgoña, que iba al estribo con sus dos hermanos, que pusieron los caballos al paso, y rodeados de la multitud, llegaron de aquel modo hasta el palacio del Louvre, donde quedó alojado el delfín. El duque permaneció á su lado para servirle de escolta y guardia de honor al propio tiempo.

Tanto más fácil le era al duque de Borgoña vigilar sobre la seguridad del delfín, cuanto que por orden suya y de sus hermanos iba llegando de sus estados á cada instante gente de guerra ; al cabo de algunos días se encontró á la cabeza de seis mil combatientes, todos partidarios suyos y mandados por el conde de Cleves y por el obispo de Liege, llamado *Juan sin piedad*.

Por su parte el duque de Orleans no había desperdiciado tampoco el tiempo ; había enviado mensajeros á todos sus ducados y condados, con orden para los capitanes de armar todos los hombres que pudiesen y de practicar las mayores diligencias para que se pusiesen pronto en camino. En atención á esto, no tardó en ver llegar al señor de Harpedonne con la gente del país de Bolonia, al duque de Lorena con la de Chartres y de Dreux,

y por último, al conde de Alenzón con las caballos y los comunes de Orleans.

Todos estos movimientos de tropas eran extremadamente gravosos al pobre pueblo de los alrededores de París. Los hombres de armas de ambos partidos recorrían la Bria y la Isla de Francia, pillándolo y devastándolo todo. Los del duque de Orleans habían tomado por enseña el bastón lleno de nudos que el duque había tomado por mote en el torneo, con aquellas mismas palabras: « Desafío á todo el mundo; » y los Borgoñones, por su parte, llevaban en su bandera el cepillo del carpintero del duque Juan, y habían adoptado por seña: « Yo lo acepto. »

Los dos partidos armados se encontraban frente á frente; y aunque hasta entonces no hubiese habido entre ambos príncipes ninguna declaración ostensible de guerra, á ningún hombre prudente se le escapaba que bastaría una simple pendencia entre dos soldados para originar un choque entre ambos ejércitos y una guerra civil en toda la Francia.

Ya hacía algún tiempo que permanecían las cosas en aquel estado, cuando el duque de Orleans resolvió ponerle término, dando un paso decisivo; por

consiguiente, ordenó á su ejército que emprendiese la marcha hacia París.

El duque de Borgoña se hallaba en su palacio de Artois, cuando vinieron á avisarle que el enemigo se acercaba con toda su gente. Hízose armar con presteza, saltó sobre su bridón y corrió al palacio de Anjou, donde encontró al rey de Sicilia, á los duques de Berry y Borbón y á otros muchos príncipes y señores del consejo del rey, y les suplicó que se hiciese constar que no era él el que rompía las hostilidades; y poniéndose á la cabeza de sus tropas, las formó en batalla delante de Montfaucón.

Al ver al duque y sus soldados atravesar á escape las calles de París, los habitantes se conmovieron en gran manera; tan generalmente era temida la avaricia del gobierno del duque de Orleans, merced á sus exacciones, que se extendió la voz de que venía sobre París con intención de saquearle. Al punto se levantó en masa el común de la ciudad y se agolpó á las puertas: los estudiantes bajaron armados desde la Universidad; se demolieron muchas casas de los arrabales, y amontonaron un sinnúmero de piedras en medio del camino para hacer barricadas; en fin, no se descuidó ninguna medida para ayudar el duque de Borgoña y rechazar al de Orleans.

En aquel momento pasaron por delante de los trabajadores el rey de Sicilia y los duques de Berry y de Borbón: iban al encuentro del duque de Orleans para instruirle del ademán hostil que había tomado París al saber sus intentos, y para suplicarle que tratase de evitar toda efusión de sangre. El duque contestó que su primo Juan, y no él, era quien había empezado las hostilidades, arrebatando casi de los brazos de su madre al joven duque de Aquitania; que en cuanto á lo demás estaba dispuesto á escuchar toda proposición honrosa y razonable, y en prueba de ello suspendía su marcha.

En efecto, acantonó su gente en Corbeil y alrededor del puente de Charentón, condujo á la reina á Vincennes y él mismo se retiró á su palacio de Beauté.

Entabláronse al punto ajustes y conferencias que duraron ocho días, y al cabo de ellos empezaron á entenderse: entrambos duques se convinieron en retirar sus gentes y someterse en cuanto á sus pretensiones al fallo del consejo del rey. Prestóse juramento sobre los Evangelios de una y otra parte, y con la retirada de las tropas se dió principio al cumplimiento de lo jurado.

Luego que París se vió libre de la gente de

guerra de ambos partidos, resolvió la reina hacer en él su entrada: aquella prueba de confianza que madama Isabel daba á sus vasallos, viniendo á ponerse entre sus manos, motivó muchas fiestas en la capital, y toda la población salió á recibirla con gran alegría y bullicio. La reina hizo su entrada en un carruaje colgado, primero de aquella clase que se había construido, y que era regalo del duque de Orleans: las damas venían detrás en literas: los dos duques reconciliados seguían á caballo, agarrados de la mano y llevando cada cual el mote de su contrario.

Después de haber acompañado á madama Isabel hasta el palacio del rey, se encaminaron ambos á la iglesia de Nuestra Señora, comulgaron con la misma hostia partida en dos mitades, se abrazaron al pie del altar, y para mayor prueba de reconciliación y de confianza, el duque de Borgoña pidió hospitalidad por aquella noche al de Orleans. Éste le ofreció entonces la mitad de su propia cama: Juan de Borgoña aceptó. El pueblo, que se dejaba engañar siempre por las apariencias, los siguió y acompañó hasta el nuevo palacio del duque de Orleans.

Aquellos dos hombres que ocho días antes se dirigían uno contra otro bajo banderas opuestas y

cubiertos de sus armaduras de guerra, entraron en el palacio de Orleans agarrados del brazo, como dos amigos que se vuelven á ver después de una larga ausencia.

Allí encontraron á los duques de Berry y de Borbón, sus tíos, que apenas daban crédito á sus ojos ni á sus oídos. El de Borgoña les manifestó de nuevo la sinceridad de su reconciliación, y el de Orleans añadió que ningún día de su vida le había parecido tan hermoso como el que acababa de expirar.

Quedáronse solos los dos príncipes y continuaron hablando en tanto que paseaban. Trajéronles vino especiado, que bebieron trocando las copas: el duque de Borgoña sobre todo demostraba un abandono estremado. Alabó sobremanera el gusto con que estaba decorada la alcoba, examinó con minuciosa atención las colgaduras y tapices, y apuntando con el dedo á una llavecita que abría paso á una puerta secreta, preguntó riendo si era aquella la entrada de la cámara de madama Valentina.

El duque Orleans se interpuso con rapidez entre Juan de Borgoña y la tapicería; y poniendo la mano en la llave:

— Nada de eso, primo mío, le dijo; antes, por el contrario, le está expresamente prohibido el

entrar aquí; esta puerta es la del oratorio, donde yo acostumbro arrobarme en mis meditaciones.

Y sonriéndose quitó como por inadvertencia la llave, púsose á jugar con ella sin fijar la atención en el objeto que tenía en la mano, y por último, se la guardó en uno de los bolsillos de su justillo con un aire de distracción, que cualquiera hubiera dicho que era natural.

En seguida añadió:

— Primo mío, ¿os parece que nos acostemos?

Juan de Borgoña contestó descifrándose el cordón de oro que sostenía su puñal y escarcela, colocándelos sobre un sillón: el duque de Orleans, por su lado, empezó á desnudarse, y como acabó antes que su primo, se metió primero en la cama, dejando el borde, es decir, el puesto de honor al duque de Borgoña, que no tardó en tomar posesión de él.

Hablaron aun durante algún tiempo de asuntos de guerra y de intrigas amorosas, pero á poco rato el duque Juan empezó á sentir la necesidad de ceder al sueño; cesó entonces de hablar el de Orleans, miró algunos instantes con aire afectuoso á su primo, que tan pronto se había dormido, y en seguida, haciendo la señal de la cruz, susurró algunas oraciones y cerró también los ojos.

Al cabo de una hora de inmovilidad volvieron á abrirse los ojos del duque Juan, y muy poco á poco dirigió la cabeza hacia su primo, que dormía como si todos los ángeles del cielo velasen por él.

Luego que se hubo cerciorado perfectamente de que su sueño era verdadero, se incorporó con suma lentitud sobre el codo, sacó una pierna, luego otra, buscó el pavimento con la planta del pie, y después de haber tropezado con él, se deslizó con mucho tiento fuera de la cama. Dirigióse hacia el sillón donde el duque de Orleans había puesto su vestido, registró el justillo, sacó la llavecita que su primo había metido en él, cogió la lámpara de encima de la mesa donde la había colocado el criado, echó á andar sin ruido y conteniendo el aliento hacia la puerta secreta, metió con el mayor sigilo la llave en la cerradura, abrióse la puerta, y el duque penetró en el gabinete misterioso.

Volvió á salir un momento después pálido y con las cejas violentamente fruncidas, detúvose algún tiempo como para reflexionar lo que había de hacer, y alargó la mano para coger el puñal que había dejado sobre el sillón; pero mudando de idea puso la lámpara sobre la mesa: al ruido que hizo en este último movimiento se despertó el duque de Orleans.

— Primo, ¿se os ofrece alguna cosa? preguntóle á Juan de Borgoña.

— Nada absolutamente, contestó éste, sino que esta lámpara no me dejaba dormir y me he levantado para apagarla.

Dió un soplo á la luz apenas acabó estas palabras, y encaminándose á la cama volvió á acostarse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO